

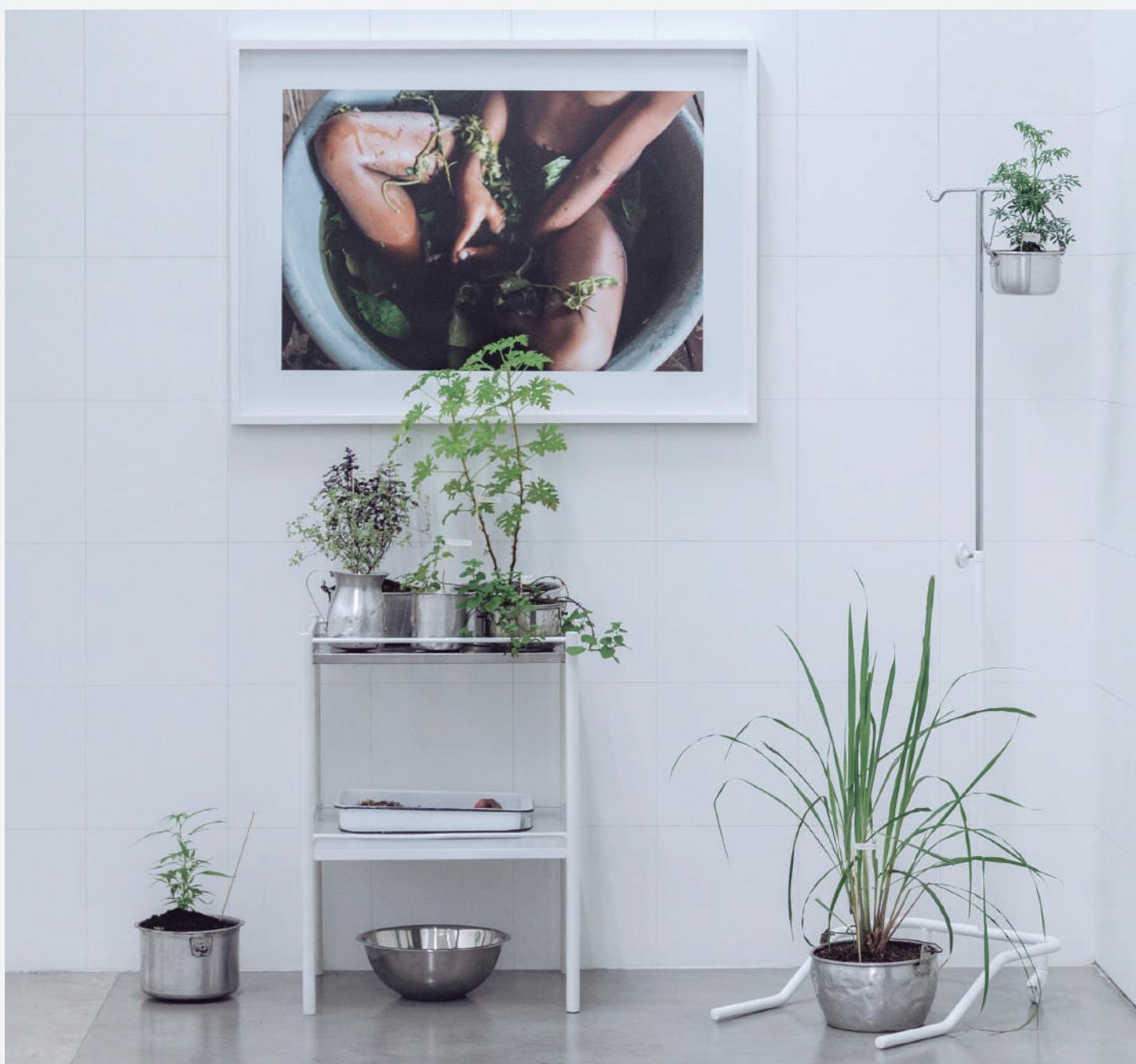
Revista

comfamá

Medellín, septiembre del 2020
N.º 469 - ISSN 2027-2715

Incomodarnos para crecer

Hierbas de sal y tierra de Libia Posada
es una invitación a rescatar la sabiduría
de la medicina ancestral, **un hecho**
incómodo, en épocas en las que todo
parece estar a **un clic** de distancia.



Fotografía: Cortesía del artista

Las mejores preguntas



¡Si mis palabras clavan apenas como agujas debieran desgarrar como espadas o arados!

Pablo Neruda

■ **Usted me está sacando el corazón con la mano,** me lo está mostrando y tiene el descaro de preguntar qué pienso y qué siento!, gritó el hombre de corbata. Si está doliendo, vamos bien, respondió, impasible, el consultor. Las decisiones difíciles son las importantes, remató. En su rostro se insinuaba la sonrisa maliciosa de quien ve más allá de la emoción y comprende la oportunidad de crecimiento que subyace tras el malestar temporal. Su rostro sonreía sin que su boca se moviera, con ese placer del maestro que sabe que sin emoción no hay aprendizaje.

La conversación de esa tarde fue, sin dudas, un temblor de tierra transformador para aquella organización, un nuevo nacimiento, como los mejores ejercicios de estrategia empresarial. El dolor de ese hombre expresaba la tensión general, solo que él tuvo el valor para ponerlo gráficamente de una manera tan cruda y necesaria. Recuerdo que esa expresión suya me jalónó, como un torbellino, a participar de una conversación en la que había estado relativamente pasivo, escuchando sin mucha atención. La pregunta

difícil, la identitaria, la que cuestiona el pasado y sacude el presente, es la mejor de todas, porque provoca reflexión, permite escogencias y sugiere renuncias. Tal vez por eso la palabra decisión significa, etimológicamente, separar cortando.

Se me viene a la memoria, para reforzar esta anécdota empresarial, una historia más conocida, la de Saulo de Tarso o San Pablo. Las autoridades judías le habían ordenado perseguir a los cristianos de Damasco y, en el camino, un resplandor proveniente del cielo le hizo caer del caballo dejándolo ciego, mientras él y los que iban con él oían una voz que decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?». Con todo respeto por la tradición, me atrevo a decir que, más allá del rayo de luz, la ceguera y la caída del caballo, lo importante fue, realmente, la pregunta que cuestionaba su trabajo, su supuesta vocación, su mismísima identidad. Esta pregunta, de hecho, para completar la historia, cambiaría de manera definitiva el rumbo de la vida de San Pablo y de una gran parte de la humanidad.

Personas, organizaciones o sociedades pueden dar virajes extraordinarios, «caerse del caballo» y ver otra realidad gracias a una buena pregunta. El dolor o la incomodidad son un mensaje, no un castigo, así que es mejor escucharlo y no escaparnos, porque, de repente, nos estaríamos escapando del saber. El miedo que producen las buenas preguntas, las más desafiantes, es una emoción productiva, que se da al mirar un nuevo y desconocido camino, al sentir en la piel la sensación del inicio de un gran viaje.

Sin embargo, casi siempre la tradición desalienta las preguntas, muchas veces los sesgos inconscientes no nos dejan verlas y en otros casos, las preguntas que hacemos son destructivas y no productivas. «La pregunta es la más poderosa herramienta de aprendizaje», repetía un profesor

**En Comfama,
con sinceridad,
creemos que ahora
es necesario hacernos
las más grandes y
complejas preguntas,
aunque duela.**

Una publicación de Comfama

La Revista Comfama es un medio de comunicación educativo, de circulación gratuita, que tiene como objetivo generar conversaciones sanas y constructivas que transmitan valores positivos a través del poder del ejemplo y las historias.

Teléfono: 360 7080 - Cr. 48 20 - 114. Torre 2, piso 5, Medellín - Colombia.

Consejo Directivo » **Principales:** Jorge Ignacio Acevedo Z., Juan Rafael Arango P., Jaime Albeiro Martínez M., Jorge Alberto Giraldo R., Octavio Amaya G., Jorge Iván Díez V., Juan Luis Múnera G., Carlos Manuel Uribe L., Alejandro Olaya » **Suplentes:** María Adelaida Pérez J., Hernán Ceballos M., Luis Fernando Cadavid M., Martha Ruby Falla, Fabio Alonso Vergara C., Andrés Antonio Hincapíe C., Lilián María Sierra H., Rigoberto Sánchez G., Juan Luis Cardona S., Juan Alberto Ortiz A. • **Director:** David Escobar Arango • **Responsable equipo de comunicaciones:** Perla Toro C. • **Editores:** Roque Dávila P., Esteban Hernández Z. • **Redacción:** Juan Gabriel López R., Valeria, Ricardo Arias S., María Alejandra Muñoz G., Lucas Yépez B., Camilo Obando B., Carlos Julio Álvarez R., Paulina Tejada T., Sara Ruiz S., Juliana Correa B. • **Diseño editorial:** Natalia Larios R. • **Asesoría gráfica:** Julián Posada C. • **Asesoría temática:** Claudia Restrepo M. • **Corrección de textos:** Ojo de lupa • **Prepresa e impresión:** El Colombiano • **Circulación:** 170.000 ejemplares

» www.comfama.com
» revista.comfama.com

soy
crecemos
o evolucionamos
cuando estamos
dispuestos
a hacernos
preguntas difíciles.

de mis años escolares. Por eso es crucial celebrar las preguntas del niño en la casa y del colega en la empresa, jugar con ellas y entender que son las mejores amigas del aprendizaje. Debemos abrazarlas cuando aparecen, tratarlas con cariño y entender que, hasta las más dolorosas, engendran un valor incalculable.

Hay algunas preguntas, además, que son imprescindibles, son normalmente las más difíciles e incómodas, las que nos cuestionan a fondo. «Cambiar de respuesta es evolución. Cambiar de pregunta es revolución», decía Jorge Wagensberg. Si somos capaces de cuestionarnos de tal manera que sintamos que nuestro corazón está fuera del cuerpo y lo tenemos latiendo frente a nuestros ojos, probablemente estemos afrontando un momento crucial de nuestra vida.

¿Cómo salvamos el planeta de la devastación ambiental? ¿Cómo deben ser las empresas del futuro, las conscientes y compasivas? ¿Cómo afronto un momento como estos? ¿Cómo sería el mundo sin instituciones, sin democracia y sin confianza? ¿Qué tenemos que transformar para prosperar en la era pos-COVID-19? ¿Cómo asumo mi frágil humanidad sin dejarme vencer por la dificultad? ¿Cuáles son las cosas realmente importantes? ¿Cómo hago para cuidar a los demás, si tengo suficientes problemas?

Por eso hacemos nuestra revista de este mes sobre las preguntas más duras, las más necesarias y urgentes. No podemos decir que todo va a estar bien, así, sin más. Mejor sugerimos que las cosas pueden y deben estar mejor si nos sacudimos, nos unimos y construimos juntos. En estos días llenos de desafíos locales, nacionales y globales, en política, pobreza, economía y medio ambiente, rodeados por asuntos urgentes que demandan adaptaciones superiores y transformaciones evolutivas, queremos promover preguntas que abran conversaciones.

Detrás de cada interrogante está, muchas veces, la verdad; al interior de la duda se esconde, invariablemente, la posibilidad. El verso de Neruda que saluda este texto lo dice bellamente. Ese lamento de tener unas palabras débiles, que «clavan apenas como agujas», pero debieran «desgarrar como arados» -olvidemos las espadas-, nos anima e inspira a publicar estos textos. ¿Qué tal si nos empezamos a formular preguntas que desgarren? Preguntas que abran un espacio en nuestro corazón y nuestra mente, un vacío en el que más tarde prosperará la semilla que un día se convertirá en nuestros mejores frutos.

Esta edición será una colección de textos sanadores, de meditaciones y confrontaciones con uno mismo. Respuestas a cuestiones complejas de la vida cotidiana que servirán como inspiración para resolver situaciones de la vida propia.

Comparte tus opiniones en redes sociales utilizando la etiqueta **#IncomodarnosParaCrecer**



¿Tengo claro para dónde voy?

Dicen que si uno encuentra empleo en lo que le gusta, no tendrá que trabajar ni un día de la vida.

Pero... ¿qué se hace cuando es la misma vida la que parece interponerse para que eso pase?

Cristian nada contra la corriente, sabe qué es lo que ama, pero también entiende que, ante lo inesperado, es valioso hacerse una difícil pregunta *¿tengo claro para dónde voy?*

Imagina un pequeño niño que espera sagradamente la hora del noticiero, que en lugar de ver caricaturas o películas, disfruta estar informado de temas de actualidad y que en vez de cómics prefiere leer un periódico. Ese era Cristian Álvarez, un apasionado por el periodismo que descubrió a qué le quería dedicar su vida desde que tiene uso de razón.

En su vida escolar, cuando estudiaba en el INEM, participó activamente del periódico *El Humanista*. Él, aunque quería continuar por ese camino no pudo hacerlo. Su situación económica le impidió ingresar a estudiar periodismo en una universidad privada. Se presentó a la Universidad de Antioquia, la única en Medellín que ofrece un programa 100% enfocado en periodismo, también una de las más económicas por ser pública.

Una cosa es presentarse, otra muy distinta aprobar el examen de admisión y ser elegido. Fueron tres años de intentos, seis veces le dijeron que no. Hubo tiempo para desanimarse, Cristian reconoce que: «no sabes cómo es la desazón de no pasar después de tantos intentos, uno se pregunta *¿será que esto sí es lo mío?* Pero algo me decía que debía insistir».

A pesar de las negativas, continuó preparándose para presentar el examen de nuevo, mientras «rodaba» de trabajo en trabajo. Hizo parte de un

call center, trabajó en una bodega, fue repartidor tienda a tienda. Así se mantuvo hasta que, la séptima fue la vencida, consiguió finalmente un cupo en la universidad. **Se convirtió en el primer integrante de su familia paterna en cursar una carrera profesional.**

Para 2019, Cristian se graduó y emprendió la búsqueda de su primer empleo. Lo que encontró fue incertidumbre, poca oferta laboral, exceso de periodistas profesionales, sueldos bajos, desconocimiento de perfiles a la hora de contratar y la percepción de que el periodismo es un oficio que puede desempeñar cualquiera y no una profesión.

Cesarismo con *para crecer...*
Y persistir en la búsqueda de ese propósito de vida que te apasiona.

Se desanimó, también se preguntó por qué todo para él era tan difícil. Aún así decidió seguir persiguiendo eso que ama. Para él, más que un trabajo, el periodismo es una pasión.

Envió hojas de vida durante siete meses. Hoy es colaborador en *La Oreja Roja*, un medio digital de opinión e información.

Ya arrancó y aunque admite que «está quedado» en cuanto a experiencia profesional, elige gozar al máximo de cada línea y cada artículo que escribe.

Cristian afirma que si el periodismo, por razones de la vida, no funciona para él, está abierto al cambio. **Sabe que no es un delito cambiar de opinión y hasta de anhelos.** Por ahora se prepara y aprende con un objetivo: trabajar y ejercer. Tiene claro para dónde va.

Multiplicar, de Bernardo Salcedo (1939-2007),
demuestra que el arte no tiene la obligación de ser complaciente ni fácil.
Espacios en blanco, momentos donde no hay camino y reina la incertidumbre.
Así como pasa en la vida de Cristian, el arte también nos confronta con momentos en los que no conocemos la respuesta.

¿Será que si tengo un propósito claro de vida debo persistir para hacerlo realidad?

138 ? 53630808448264191264000000
6644434221211117

10. *Leucosia* (Leucosia) *leucostoma* (Fabricius) (Fig. 10)

¿QUIERO POSESIONE

Fotografía: © Museo Nacional de Colombia / Juan Camilo Segura



Así como Juliana empezó a desarrollar pensamientos distintos en medio de todas sus pertenencias, **María Teresa Hincapié (1956 - 2008)**, en su performance

llamado **Una cosa es una cosa, realiza una suerte de meditación y encuentro consigo mismo** al ordenar cada uno de los elementos que la componen.

ES O EXPERIENCIAS?



¿Será que la plenitud se encuentra en los momentos felices que compartimos con las personas a las que amamos?

Dicen que el dinero no compra la felicidad. A Juliana, las compras siempre le brindaron alegría, confianza y seguridad en sí misma. Sin embargo, estar encerrada, durante meses, en casa con todas sus posesiones materiales le hicieron recalcular su valor y hacerse una pregunta difícil, ¿quiero más posesiones o experiencias?

Para Juliana Cardona, la adultez es el momento de la vida para darse gustos. Es bacterióloga en la Clínica Cardiovascular y vive en Robledo junto a Juan Manuel, su esposo, y sus dos gatos, África y Berlín.

«Trabajar para comprar», en eso se convirtió su vida, mantener sus tarjetas de crédito a tope era casi una necesidad. Incluso, durante el confinamiento a causa de la COVID-19 no cesaron sus gastos, «reinventó» sus compras, lo que antes adquiría en una tienda, ahora lo hacía en línea.

Alguna vez se preguntó si era compradora compulsiva. En ese momento se sentía feliz. No le dio importancia. La pandemia la llevó al límite, un día miró su armario y notó que tenía muchas prendas sin estrenar.

El estrés y la ansiedad que comenzó a sentir al principio de la cuarentena los sació temporalmente con sus artículos nuevos, pero sintió otro vacío que no podía llenar, pues comenzó a extrañar los momentos que compartía con sus seres queridos, tenía dinero, pero eso no era suficiente para resolver la situación.

Pronto comenzó a sentir nostalgia, a recordar. Juliana y su esposo son muy sociables, les gusta pasar tiempo con la familia, amigos o, simplemente, salir un domingo a tomar una cerveza mientras

disfrutan del atardecer. Ahora nada de esto se podía hacer, tanto por las leyes impuestas por el Estado, como por el temor a contagiarse o contagiar a sus seres queridos.

¿Qué podía hacer entonces?, ¿comprar más ropa?, ¿pedir domicilios?, ¿ahorrar y hacer compras de objetos más costosos para ser feliz? Juliana, de repente, comenzó a darse cuenta de que hay cosas en la vida que son muy valiosas, que no tienen una dimensión económica y que, a causa de la pandemia, las estaba perdiendo.

Cuando sintió que ya estaba al límite tuvo que hacerse una pregunta difícil: ¿quiero posesiones o experiencias? Y su respuesta se volcó a la segunda opción, esta situación le dio un nuevo valor a esas

experiencias y planes que surgían de la nada, sin dinero, solo con disposición.

Cinco meses encerrada, y con la mente llena de pensamientos y recuerdos, la hicieron pensar que daría cualquier cosa por volver a estar al lado de sus amigos o su familia, hacer un asado en la casa de su madre o salir a una discoteca para compartir. Un tiempo a solas que le dio la capacidad de interrogarse. Hoy a la hora de comprar algo primero se pregunta **¿en verdad necesito esto?** Tal vez las cosas más valiosas de nuestra existencia no tienen precio.

incomodarse para crecer...
Y reevaluar nuestras prioridades.

¿Sentir angustia me hace menos hombre?

«Los hombres no sienten», ese fue uno de los comentarios con los que creció David. Luego, ante una crisis de nervios, él tuvo que hacerse una pregunta difícil: ¿sentir angustia me hace menos hombre? Una historia de valentía para recobrar el control de sus emociones.

La Red de amor, cuidado y salud mental de Comfama reveló que, en el último mes, de 5.384 personas atendidas, solo el 25% fueron hombres: si bien la cifra no es alta, son cerca de 1.300 individuos que aceptan mostrarse vulnerables y no por eso dejan de ser hombres.

David es especialista en gerencia de salud ocupacional, por lo que debía estar al tanto de estrategias y de toda la información posible acerca de la COVID-19 para cuidar a sus colaboradores. Eso tuvo consecuencias para él: el exceso de información negativa empezó a generarle angustia, comenzó a imaginar diversos escenarios, todos «tenebrosos» para él, su familia y sus amigos.

Sintió miedo cuando salía, un temor indescriptible de contagiarse y, por ende, de transmitir el virus a sus familiares. Las malas noticias lo acechaban en el celular, en el televisor, en la radio y en la calle. Perdía esa estabilidad, esa fuerza, esa disciplina que siempre lo habían caracterizado.

Su novia, quien empezó a notarlo decaído, sabía de la Red de amor, cuidado y salud mental, le explicó

que allí orientaban a las personas que, a causa de la pandemia, requerían acompañamiento y asesoría psicológica. Ella le sugirió que llamara.

¿Qué van a decir de mí?, ¿será que si llamo soy menos hombre?, ¿los hombres tenemos derecho a sentir angustia? Fueron preguntas difíciles que empezaron a rondar su mente, estaba influenciado por la cultura, predominantemente machista, en la que la mayoría crecimos.

Mientras más se cuestionaba, más sentía la necesidad de hablar con alguien. Recordaba esas enseñanzas de la niñez acerca de la valentía del hombre y de su capacidad de resolverlo todo. Fue así como decidió capitalizarlas, usar esa misma «valentía» para levantar el teléfono y pedir ayuda.

Esa llamada valiente le dio un giro positivo a su situación. A partir de ahí, recobró su seguridad y hasta descubrió habilidades y pasiones que antes no conocía, por ejemplo, ahora la pintura le permite controlar la ansiedad.

Hoy se siente más tranquilo, en control de sus miedos y como dice su psicólogo «consciente de la realidad».



¿Será qué darnos la oportunidad de experimentar nuestras emociones es

Así como David ocultaba que se sentía vulnerable, **Óscar Muñoz**, en su obra *Cortinas*, nos confronta con esos

momentos de debilidad que ocultamos en la privacidad de nuestra ducha, en esos espacios de soledad e intimidad.



Fotografía: 'Cortinas' © Óscar Muñoz / clavoardiendo-magazine.com

nes es una forma de conocerlas y poder transformarlas?



Así como en la vida de Juliana hay espacio para las mixturas. Esta obra de Juan Camilo Uribe (1945-2005) llamada *Mandala mano poderosa*, simboliza el sincretismo al realizar una mezcla que incomoda a algunos: un ser superior, un humano que hace milagros y los mandalas de la India.

Y si un día la ciencia no es suficiente,

EN DÓNDE VOY A CREER?

La ciencia es el primer lugar de búsqueda de Juliana para encontrar respuestas ante los interrogantes de la vida. Sin embargo, descubrió que las respuestas no son siempre rutas llenas de verdades exactas. Esta es la historia de una científica que un día decidió creer, también, en el poder de la imaginación.

«Mami, ¿por qué los pancakes se parecen a las grandes lunas de Júpiter?», le preguntaron a Juliana Restrepo una mañana

Elve y Rafael, sus hijos, mientras desayunaban en familia, esperando que su mamá, doctora en Física e investigadora, le diera solución a su duda. Ella, directora de Contenidos del Parque Explora, que carga con una mochila repleta de conocimientos, no encontró la respuesta en la ciencia.

Aquella mañana, al responderles a Elve y Rafael, Juliana recurrió a la imaginación, su colega de historias para entender, por otro lado, la vida a la hora de enfrentar preguntas difíciles. También recordó ese momento en el que debió tomar una decisión: seguir construyendo solo desde la ciencia, a pesar de reconocerla frágil e incompleta o admitir que no todo se puede abarcar mediante respuestas exactas y que hay espacio, en su ser, para otras creencias.

Todo sucedió luego de haber comenzado con sus estudios de posgrado, maestría y doctorado. «Uno entra a la carrera queriendo entender todo, pero la verdad es que, aunque estudiara mucho, no iba a poder abarcar todas las preguntas de la vida ni siquiera todas las de la Física», comenta Juliana.

Para asumir a la ciencia como algo distinto a la ruta de las verdades exactas debió alejarse de la imagen del científico sabio que no comete errores y que entrega certezas, para reconocer que su amada ciencia

era más un proceso inacabado que un resultado definitivo. También aceptó que hay unas cosas que podrá entender y otras que simplemente no.

Para llenar esos espacios en blanco, Juliana aprendió a recurrir a otros lugares desde los que su existencia se completa: las creencias, esas que como prácticas la rescatan e iluminan cuando la ciencia no es suficiente. Esas experiencias son para ella la literatura, el sentido del humor, los maestros de su camino y la mirada de los niños, que «nunca ensayan ser personas que no son ni evitan abrazar, reírse duro o andar empelota. Recuerdan lo simple, lo verdadero, lo original».

Hoy, mientras ve a su hija, un tanto desconcentrada, pintando en su cuaderno durante las clases virtuales, reafirma que se puede pensar en los misterios, sin tanto misterio y que hacerlo no tiene lenguajes, fórmulas ni códigos. Justo ahí, en su capacidad mutante, es donde nos encontramos todos.

«Es bacano entender que la confrontación nos acompaña siempre y nos impulsa a cambiar radicalmente de rumbo o, a veces, simplemente, a hacer pequeñas modificaciones en cómo concebimos lo que nos rodea y nos reconocemos a nosotros mismos», dice.

Quizá, tanto buscar respuestas como apostarle al poder de las dudas hagan parte de la misma ecuación y sea justo ahí, en su encuentro, donde ocurre la magia de poder ver las grandes lunas de Júpiter en un pancake al desayuno.

¿Será que abrirle la puerta a las respuestas,

sin importar de dónde provengan, es un buen camino?

¿Tengo deberes ade

Dos ciudadanos de una misma ciudad, Carlos Julio que se reconoce apátrida y Ana Piedad Jaramillo que se reconoce ciudadana. Ambos se enfrentan a las mismas preguntas: ¿qué significa ser ciudadano? y ¿qué obligaciones tengo al serlo?

Más allá del retuit

Por: Carlos Julio Álvarez Restrepo

Evan Williams y Biz Stone están más inmersos en mi cotidianidad de lo que yo pensaría, esto porque todos los días, a veces ya en la noche, entro a Twitter a ver las últimas noticias. Ellos son los creadores de este servicio de microblogging en el que se opina, se comenta, se publican fotos de las vacaciones, se hacen promociones de productos, se miente, se cree decir la verdad, se conocen personas y, por estas noches, se hace tendencia la palabra «Sarita», gracias a uno de los personajes de la telenovela Pasión de Gavilanes.

Es quizás un espacio en el que hay cabida para todos. Eso incluye, las fotos de desnudos de «Esteban» o la disputa entre los fans de J. Balvin y Shakira (en la que yo me fui a favor de la barranquillera); y también, los temas que nos competen como ciudadanos: la defensa de lo público, la seguridad nacional, la corrupción o la violencia contra las mujeres, afrodescendientes, homosexuales y personas trans.

Allí, en Twitter, cuyo significado va desde el «pío de un pájaro» o «una corta ráfaga de información intrascendente», se hace las veces de espacio para la ciudadanía digital, que como lo dijera, el profesor, Mike Ribble, es un mecanismo en el que nos sentimos en comunidad. Una comunidad con reglas y normas de comportamiento propias, todo gracias a la tecnología. Es como ser parte de algo, **¿y de nada al mismo tiempo?**

Si bien el concepto

de ciudadanía no se aplica en el sentido estricto en escenarios digitales, entendiendo que, entre otros, no hay un acceso universal de los ciudadanos a la tecnología, siento que esta ciudadanía que se ampara en los entornos digitales nos ha posibilitado obtener o incluso generar información que facilita una voz en el debate público; lo que nos exige, claro está, mucho más como ciudadanos.

Y **¿será que yo si estoy a la altura?** Está bien opinar de telenovelas, compartir los atardeceres o celebrar los años de pertenencia a la red social, eso lo he hecho miles de veces. Pero, cuando se trata de nuestros derechos y deberes como ciudadanos **¿estaré fallando al comentar a la ligera como si opinase de la última eliminación de RuPaul's Drag Race?** Así, con las vísceras, porque una concursante me caía bien y fue eliminada antes de tiempo.

Creo que el ejercicio de mi ciudadanía digital, en un escenario como Twitter, se estancó en el retuit, es decir, publicar algo que otro ya dijo. Está bien, sirve para amplificar el mensaje de alguien con el que yo estoy de acuerdo, pero **¿y mis propias palabras?, ¿mi propio análisis?, ¿mi propia visión de la vida?**

No tengo la respuesta: retuitear puede contribuir en el ejercicio de diálogo, pero **esto me demuestra la necesidad, en un escenario de incertidumbre, como el actual, de que muchas personas como yo, que se sientan en la tranquilidad de la pasividad, debemos tomar acción: no en Twitter, sí en la vida social y democrática, representada en cualquier escenario.**

A mí por ejemplo toda esta reflexión me la generó un ejercicio del trabajo, algo que propusimos en Comfama, llamado #UnaCiudadQueSepregunta, pasé de cero a muchas inquietudes: **¿cómo generar y modificar información en línea que fomente la participación?, ¿cómo trascender el «piar del pájaro» y llevar el debate a otros escenarios de participación ciudadana?**

Caminos propuestos hay muchos para hallar las respuestas, caminos que no dejan de abrirse tras las coyunturas. En esta ciudad que se pregunta por la gobernanza, por la seguridad en los barrios, por las disposiciones frente a la pandemia por la covid-19 o por los avances de obras de infraestructura, apareció la iniciativa de veeduría @TodosXMedellín, y lo hizo con fuerza.

Tal vez esa es otra forma activa: generar acciones similares, informarse para participar en redes y hacerlo de forma respetuosa, pero sobre todo cuestionarme y entrar en acción, es esa tarea la que me queda. **Me pregunto y les pregunto: ¿qué estamos haciendo para otros y lo dejamos de hacer por nosotros?**

¿Será que si somos más conscientes de



Fotografía: Documento Embajada de Colombia en Francia, agregada cultural Ana Piedad Jaramillo.

emás de derechos?

apático, mientras Gerardo tiene incontables años
regunta difíciles en tiempos convulsionados: ¿qué

Ser ciudadanos de la misma ciudad

Por: Gerardo Pérez Holguín

Basta con observar y uno aprende. Hay una ciudad que se ha construido en medio de todas las adversidades, de la mano y el corazón de hombres y mujeres que sacan de lo más profundo de su ser tenacidad y esperanza, para liderar en sus comunidades desde las obras más colosales hasta los sentidos más íntimos de la solidaridad.

Siempre me pregunto **¿de qué están hechos?**, en una sociedad que contagia a diario el individualismo, el sálvese quien pueda, uno podría contar en cada barrio, en cada vereda la épica de la resistencia a través de las jornadas prodigiosas lideradas por estos seres mágicos.

Les veo caminar de casa en casa, en cada lugar alguien tiene una pregunta por hacer, una solicitud por acompañar, una alegría o una tristeza por contar. También una nueva campaña por iniciar, un consejo por dar, un conflicto por resolver.

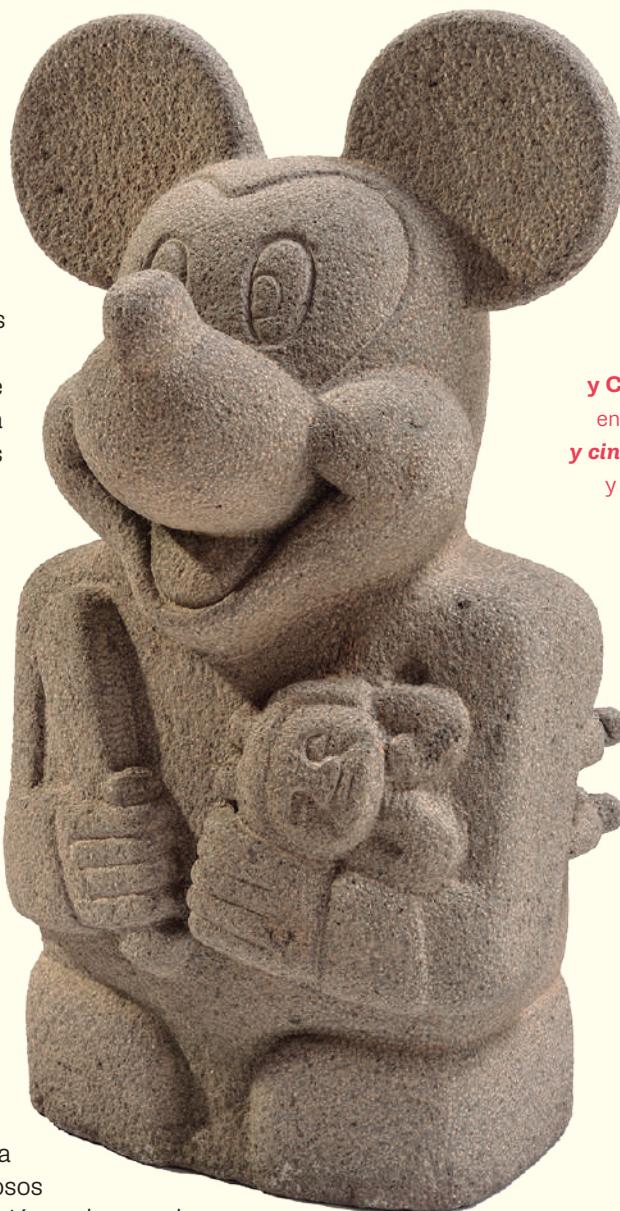
De verles y escucharles aprendí que nuestro gran desafío es ser ciudadanos de la misma ciudad, no darles espacio a las fronteras que terminan encerrándonos en espacios aparentemente libres de contagio, pero llenos de soledades e imposibilidades de construir proyectos colectivos.

Tenemos que entender que no basta con cumplir las leyes y ejercer los derechos para creer que lo estamos haciendo bien; **no podemos ser una mejor sociedad si no nos importa la dignidad de la vida del otro**, si no tejemos lazos solidarios que nos conduzcan a preocuparnos por los problemas y las dificultades que viven esos vecinos de toda una ciudad.

Todavía me duele cuando escucho en algunos sectores de la sociedad decir que se debe invertir en la educación de los jóvenes para evitar que se queden sin hacer nada y terminen volviéndose peligrosos para la sociedad. Es de un egoísmo extremo el pensar que de la inversión social en los más pobres depende del daño que nos puedan hacer en el futuro y no en la dignidad de su vida.

Creo firmemente en que la invitación debe ser a no mirar la pobreza de los otros como su destino inexorable, como la marca de una vida a la que tienen que resignarse. Creo que una sociedad que no comprende que la lucha más humana que debe emprender, es la de la dignidad de la vida de todos está embarcada en su más honda tragedia.

Al recorrer la ciudad, la única invitación que nos tenemos que hacer es no hacerlo como turistas, es habitarla para reconocer las riquezas



Como Gerardo y Carlos Julio, Nadín Ospina en su obra **Ídolo con muñeca y cincel** crea un contra discurso y cuestiona la contaminación cultural que, a veces, nos quita la esencia de lo que somos.

Fotografía: www.banrepultural.org

de cada lugar, aprender de conceptos como la vecindad, el convite y los lazos comunitarios. **Entender que los desafíos de cada territorio son los de todos y que la lucha por una sociedad más justa es una tarea colectiva que no conoce de excusas.**

Hay una palabra que resume para mí el sentido de la ciudadanía y es: la compasión, ese arte de aliviarnos juntos. Una sociedad es un ser vivo que necesita sanar sus partes, darles amor y esperanza, construir caminos conjuntos por la equidad y la vida.

es de las cosas que podemos exigir somos mejores ciudadanos?

Hasta los 65 Sonia le dedicó la vida a su familia. Con los hijos fuera de casa y tras la insistencia de sus amigos, decidió hacerle caso a la voz interior que siempre le habló de ser cantautora. Una historia de cómo siempre se está a tiempo para hacer lo que le apasiona.

Una niña pecosa y pelirroja. Una niña cantarina, que lleva su guitarra adónde va, que se disfraza de colores y se convierte en el alma de la fiesta con sus coplas y piezas repentistas. Una niña que encontró al amor de su vida, se entregó de lleno a él, y convirtió su pasión, la música, en una constante compañía. Así vivió Sonia Martínez de Aguirre sus primeros 65 años.

Cuando se preguntaba si estaba haciendo lo que le gustaba, su respuesta siempre era: sí. Gozaba de amor y encanto. A los 7 años se presentaba en el Teatro Bolívar con su guitarra; a los 18 era bilingüe; a los 25, esposa enamorada; a los 30, mamá; a los 40, profesora de música; y a los 60, abuela.

El tiempo que Sonia le dedicaba a su pasión, la música, transcurría en las clases de guitarra que dictaba, los villancicos que cantaba con sus cinco hijos, y las escenas de humor que inventaba para las celebraciones familiares. En su interior había una idea dormida. Una intención que, por «pudor», no se atrevía a compartir.

¿Qué van a decir de mí?, se preguntaba. Le ganaba la vergüenza. Ella había decidido, como tantas mujeres colombianas del siglo xx, dedicar su vida a la familia. «El romance, el novio, el mar y la luna me cogieron...», narra.

Sonia tenía más de 60 años cuando Piedad, su niña consentida, fundó su propio hogar. Sus otros hijos habían crecido, se habían ido de la casa materna. Tal vez, era la oportunidad, postergada, para darle un papel protagónico a las canciones.

De 63, se atrevió a dar el primer paso: les propuso a dos de sus alumnas fundar un grupo musical. Se llamó Cántaro, y con él interpretó boleros y son cubano en varias ciudades del país. Entonces, esa idea secreta durante décadas le daba mariposas en el estómago. **Sin embargo, el pudor regresaba y se preguntaba ¿sí valdrá la pena lo que yo tengo por decir?**

Bastó un comentario al aire, a finales del 95, para que esas mariposas empezaran a salir, a volar. «Qué triste que ningún miembro de Cántaro componga canciones», dijo un ingeniero de sonido, en el estudio en que grababan su primer disco. Entonces Sonia, la de la constante duda, se sentó bajo algún árbol de La Pintada, y pasó las vacaciones de diciembre escribiendo melodías en un bloc.

Coclí coclí, como llamaban a los escondidijos en la Medellín de 1940, fue el primer bambuco que compuso. «Sepan que estoy componiendo», le advirtió a Cántaro, y les cantó su ópera prima. «¡Mándelo al Festival Mono Núñez!», fue la reacción inmediata. Ella dudó. Una mujer mayor, desconocida, no tenía por qué viajar al Valle del Cauca a competir por el máximo premio de la música andina colombiana.

Finalmente, el grupo la convenció de postular su canción, con la condición de que la interpretara una cantante conocida. Pero sucedió algo inesperado: cuando los jurados la escucharon, pidieron que se presentara Sonia misma a mostrarles su bambuco. Cinco meses después de haber nacido bajo el sol del Suroeste, *Coclí coclí*, su primera canción, se ganó el Gran Mono Núñez. La vida de Sonia cambió: pudo asegurar, con toda firmeza, que tenía mucho qué decirle al mundo con su voz.

Vino otro Mono Núñez en 1998. Dos premios Hatoviejo Cotrafa. Conciertos, homenajes. «Entraste por la puerta grande», le dijo un viejo amigo. «Cómo te admiro», le decía su esposo, Alfonso. Pareciera que la vida hubiera esperado, pacientemente, a que Sonia llegara a los 66.

Ya pasaron 24 años de *Coclí coclí*. Hoy Sonia mantiene, siempre cerca, un bloc de papel y un lápiz, para anotar cada palabra bonita o una frase que oye en la radio. Cualquier casualidad puede darle vuelo a sus mariposas de colores.

*Incomodarse para crecer...
Arriesgarse a hacer eso que te apasiona, sin que importe la edad.*

¿Estoy haciendo lo que me gusta?



Así como sucedió en la vida de Sonia, esta obra de María Elvira Escallón, llamada **Nuevas floras**, nos incomoda e invita a reflexionar acerca de si

estamos tomando acciones en cuanto a nuestro entorno. **Nos confronta con el típico: "Yo no tengo que ver con eso".**

¿Mi empresa debe ayudar a salvar el planeta?



Fotografía: www.leonelvásquez.com

La obra de Leonel Vásquez, llamada *Canto Rodado*, nos invita a reflexionar acerca del sonido de las rocas y el agua, elementos que existen desde antes de nuestro nacimiento y que sin duda permanecerán luego de que se agote nuestra presencia finita en el planeta.

Un pensamiento incómodo al que también se enfrentaron Celsia, Seguros Sura y Bancolombia.

¿Qué hacen tres empresas exitosas preguntándose por su responsabilidad con el planeta?

Esta es la historia de cómo Celsia, Seguros Sura y Bancolombia se confrontaron acerca de su responsabilidad con el planeta en el que habitamos todos. Una historia de unión que desemboca en agregarle valor a la sociedad.

Londres tardó más de cinco años simulando una y otra vez sus calles hasta alcanzar dos propósitos: convertirlas en lugares libres de estrés y asegurar que cada uno de los viajes de sus ciudadanos inicien y terminen caminando. Esas premisas fueron el faro para la planeación de un sistema de movilidad ágil, saludable, seguro y responsable con el medio ambiente.

Una medida tan sencilla como limitar a 30 kilómetros por hora la velocidad máxima de los vehículos que transitan por el centro de la ciudad abrió paso a una serie de efectos dominó: otros tipos de transporte se posicionaron como medios igual de eficientes a los autos, la temperatura y el ruido callejero disminuyeron de la mano de las tasas de accidentalidad vial y cada vez empezaron a estacionarse menos carros, dejando de ocupar espacio que ahora está destinado para la gente, las bicicletas o los árboles.

A 30 kilómetros por hora, las calles del centro de Londres se recuperaron como un lugar para convivir, compartir, encontrarse y disfrutar la experiencia humana mientras se transita por ellas. **¿Y esto qué tiene que ver con tres empresas antioqueñas?** Mucho. Celsia, Seguros Sura y Bancolombia, compañías tradicionales de la región cuyas fórmulas de negocio llevan funcionando décadas, se hicieron una pregunta incómoda: *¿Somos responsables de cuidar el planeta que habitamos?* La respuesta fue que sí. Y la movilidad sostenible, la alternativa más viable para agregarle valor a la sociedad.

Esta reflexión mancomunada repleta de búsquedas, conversaciones e incluso retrocesos comenzó con una invitación de parte de Celsia a Seguros Sura. La primera estaba buscando nuevas formas de diversificar su portafolio en energías renovables; la segunda llevaba varios años observando el entorno y gestionando las tendencias en temas de movilidad eléctrica. Esta mezcla hizo que ambas se embarcaran en un viaje hasta China con la intención de importar vehículos de energías limpias más accesibles para todos.

El viaje salió bien, pero las dudas los asaltaron con el regreso a Colombia: luego de hacerles pruebas técnicas a los vehículos y planear su modelo de negocio, se cuestionaron: ¿realmente esta es una solución centrada en las personas o en vender un producto?

El interrogante empezó a rondar por ambas empresas. Fue momento para una pausa, tal vez el instante de reconocer que se habían cometido errores, hora de dar un paso atrás para poder dar dos hacia delante. La

decisión fue repensar el proyecto: «Rebobinemos y más bien pensemos esto como un modelo de negocio pensado en la gente. Hagamos una investigación de sus verdaderas necesidades, hagamos de esta alianza una que de verdad funcione y se centre en transformaciones profundas», acordaron, según comenta Camilo Agudelo, gerente de Movilidad de Sura.

La vida se conforma de una serie de afortunadas coincidencias, mientras Sura y Celsia trabajaban confidencialmente en su entonces llamado Proyecto Volta, Bancolombia hacía importantes reflexiones compartidas acerca de nuevas tecnologías, opciones, modelos y hábitos de movilidad sostenible para la ciudad. Cuando Celsia y Sura se enteraron decidieron invitar al banco a hacer parte de la alianza.

Las preguntas incómodas y difíciles se convirtieron en la guía de esta alianza: «*¿Cómo hacemos para que no seamos una suma, sino una puesta en escena de las capacidades organizacionales de cada una, que se multiplique exponencialmente?* *¿Cómo hacemos para que lo atractivo de este proyecto no sea que tres grandes compañías se unieron, sino su real utilidad para la sociedad?*» fueron algunas de las cuestiones.

La calidad de las respuestas está inexorablemente atada a la calidad de las preguntas que se hagan y así, lo que ahora se llamaba Muverang encontró su sentido e identidad. Se trataba de un sistema compartido de movilidad eléctrica a través de estaciones, una plataforma empresarial para empoderar a los colaboradores sobre sus decisiones de movilidad y un servicio de suscripción mensual de vehículos eléctricos, ya sean carros, motos, bicicletas o patinetas, para las personas naturales.

Muverang propone hacer del acto de desplazarnos un manifiesto ágil, limpio, seguro, compartido y empático para reducir nuestra huella y estar en consonancia con el mundo: con la calle, con el peatón, con el medio ambiente, con la salud propia y con ese acto natural de generar transformaciones juntos.

Celsia, Seguros Sura y Bancolombia habrían podido continuar con sus estrategias funcionales sin hacer un paré en el camino. Sin embargo, sí que lo hicieron y lo hicieron juntas. Asumieron como propia la responsabilidad de provocar cambios en fenómenos que casi siempre se sienten ajenos, inalcanzables. **Estas tres compañías se preguntaron ¿de qué somos responsables?**

Incidir para crecer...
Preguntarse una, dos y hasta tres veces si te diriges hacia dónde quieras llegar.

¿Será que si unimos nuestros esfuerzos e ideales comunes podemos generar transformaciones profundas en la sociedad?



¿Aún puedo cambiar de vida?

Mi nombre es Ana Isabel Restrepo, soy comunicadora social. Creo que mi vida tiene una alta dosis de dos cosas: talento y fortuna, hoy estoy en mi mejor momento, aunque, quizás no me siento plena. En mis horas de soledad me acecha una pregunta difícil: ¿Aún puedo cambiar de vida?

Hoy me enfrento a una hoja en blanco para cumplir con un favor que me pidió un amigo. Todo surgió en una conversación cotidiana, le dije que pensaba en irme del país y trabajar en cosas nuevas que nada tenían que ver con las que hago ahora. Él me respondió *¿en serio?, si estás en tu «cima»...* La conversación quedó ahí, hasta que en estos días me escribió y me hizo una pregunta: *¿aún piensas que puedes cambiar de vida?* Aquí mi respuesta: Creo que sí, al menos eso pienso, después de diez años de trabajar como docente, presentadora y comunicadora en varias empresas reconocidas de Medellín. En ellas, por lo menos en la mayoría, era la líder de los equipos, de hecho creo que tuve algo de fortuna en el camino, porque antes de graduarme ya era jefe de un departamento de comunicaciones. Como les dije, llevo diez años trabajando y he pasado ya por cinco empresas, algunos dicen que es demasiada movilidad laboral y que eso

no es bueno para mi hoja de vida. Yo creo, firmemente, que **no trabajo por un currículum, sino para ser feliz, aprender, retarme, conocer nuevas personas y descubrir cientos de formas distintas de hacer las mismas cosas.**

No les voy a negar que a veces eso agota, es como llegar una y otra vez al tope, al «punto final» de mi

ruta profesional; noticias escritas por mí, publicadas en páginas de medios importantes, la oportunidad de entrevistar a gente que ni por asomo creí que podía conocer, darme un chapuzón en el mundo de la presentación y vibrar con los miles de detalles que implica un evento de esos que llaman «importantes» para la ciudad, también; y tal vez, lo que me parece más valioso: dar clases y tratar de transmitirle experiencias a esas personas que ya vienen en camino y que seguro, con facilidad podrán reemplazarnos.

Pero es en esos momento de soledad, humana, cuando solo me acompañan Azul y Amarillo, mis dos gatos, que me acechan las preguntas: ¿ahora qué me queda?, ¿ya fue suficiente?, ¿es hora de cambiar?, ¿me hacen falta otros retos?, ¿será que soy buena para esas cosas en las que creo que no tengo habilidad?, ¿podré aprender un nuevo idioma? Y, la más difícil de todas, ¿aún estaré a tiempo de cambiar de vida?

Esa vocecita interior que nos acompaña a todos, siempre me susurra que sí, que me puedo desligar de la rutina, que merezco la oportunidad de bailar otros ritmos, que me puedo sumergir y perder en otras culturas, que puedo arriesgarme a dormir a deshoras y que soy capaz de recorrer otros caminos que con los años se convertirán en historias para contar, cuando me visiten las arrugas y decidan quedarse.

incomodarse para crecer... Para volverse a sembrar y florecer.

Se siente como estar detenida en un cruce de caminos: conservar lo que tengo o soltar para poder agarrar algo nuevo, tal vez más gratificante. Seguro a mis nietos, si es que tengo hijos, poco les importará, en el futuro, que les cuente acerca del día en que redacté ese boletín de prensa ganador, o esa vez que, un poco testaruda,

pero movida por la «razón» le llevé la contraria a un jefe que luego me lo agradeció. Tal vez ellos disfrutarán y aprenderán más si les cuento acerca de ese amanecer que vi en una isla desconocida, o cuando me interné en medio de la nada con las aves más exóticas del mundo, o simplemente cuando preparando un café para alguien conocí a mi mejor amigo hindú. *¿Y si les aporto más a ellos, y de paso a mí, acumulando historias de libertad?*

Entre más me cuestiono, más siento que me acerco a una respuesta. Presiento que nunca es tarde para cambiar de vida, yo tal vez no lo haga ya, pero declaro que pasará, que llegará ese día en el que, como en otros trabajos, empecé a actualizar la hoja de vida, esta vez lo que haré será buscar un pasaje, les buscaré comprador a mis posesiones y con ilusión les anunciaré a esas personas, que para mí son importantes, que mi vida ya no está acá, que detrás de estas montañas, tal vez en Australia o Tailandia, me esperan otras cosas, porque como dice mi mamá «la vida me quedará debiendo tiempo para recrearme más de una vez».

¿Será que hay que aprovechar esos momentos de soledad para hacer balance y escuchar nuestra voz interior, esa que nos recuerda cuál es nuestra esencia?

Así como Ana Isabel se cuestionó acerca de su presente y su futuro, Carlos Motta y su exposición llamada **Formas de libertad** nos confronta con rostros desconocidos, cada uno protagonista de una vida y realidad diferentes, unas historias son felices, otras no. Una demostración de que podemos cambiar de vida y de que la vida puede cambiarnos.

¿QUÉ PUDE EVITAR HOY?

Por: Perla Toro Castaño

Hoy puede ser cualquier día. Tomar 10 minutos de mis noches para pensar en lo que gané; pero, también en lo que pude evitar y en lo que perdí, y a veces escribirlo, se ha convertido en un ritual para mis días. La historia de un momento sagrado e incómodo para la intimidad.

El pensar nos hace presentes a nosotros mismos, es casi un hecho despilfarrador en el que parecemos ocupar una parte importante de nuestra vida y todo lo que hay por fuera de esta acción pareciera impensable. Pero, dentro de estos límites, *¿con qué frecuencia solemos pasar nuestros pensamientos por la reflexión?* Desde hace varios años, invitada por un buen amigo, dedico cada noche 10 minutos de mi día para cerrar lo que fueron unos segundos más de mi existencia, para preguntarme por lo que gané; pero, también por las cosas que pude evitar y las que perdí. ¡Sorpresa! El ego, el orgullo y la soberbia son fantasmas que aparecen con frecuencia. Cierro los ojos como una señal de compasión.

Me llamo Perla. Soy difusa, rigurosa, amable, amorosa y orgullosa. En la proyección de lo que quisiera ser digo que no soy dramática, que mantengo mi ego apagado y que soy bastante libre. **En la imagen real que hay frente al espejo, luchó todos los días con algunos de esos demonios, no los apago; primero, porque no puedo; segundo, porque tal vez con ellos moriría algo de lo que soy. Pero, sí los abrazo para hacer de la emoción desmedida inspiración, del ego pensamiento y de la libertad una acción progresiva.**

Es inmensamente difícil imaginar cómo sería mi vida sin los errores. Ellos han sido maestros, como pocos. Han dolido.

Pero, sí es bonito fantasear con los caminos que pude transitar si ellos no hubieran existido y hay tres que, con una frecuencia casi fascinante, suelo dejar fluir entre los tiempos: el silencio frente a mi padre días antes de que muriera, dos intentos repetidos de quitarme la vida y la perdida de muchos amores por posesión y orgullo.

Aunque medir el dolor es destino de tontos, el primero de los errores suele arrugarme el corazón. Por falta de comprensión frente a la enfermedad, orgullo de hija y rebeldía, dejé de hablarle a mi padre días y horas de un mes de enero de 2011. Días y horas después, en el mes de febrero del mismo año, su presencia física se apagó para siempre y en mi boca quedaron inexistentes las palabras que tenía para decirle; mientras que en mis brazos de dolor se desvanecieron los abrazos que no le di. **Hoy, retirar la palabra a alguien que amo, no es una posibilidad en mi vida.**

Gracias al segundo de los momentos que pude cambiar y no cambié, hoy puedo escribir estas líneas sin temor. No creer en los psicólogos, renegar contra todos los coach que conocía y guardar palabras por ego y por soberbia, me llevaron hace dos años a una crisis de ansiedad generalizada que terminó, durante dos ocasiones, con mi cuerpo suspendido en las alturas de edificios. La segunda,

a la luz de los ojos de mi madre y del hombre al que amo, quienes con dolor lograron evitar el episodio. **De hacerme la pregunta incómoda y existencial de qué pude evitar en este día, quedaron largas jornadas de conversaciones que hoy me hacen perdonarme y evocar, sobre todo, la compasión hacia a mí.**

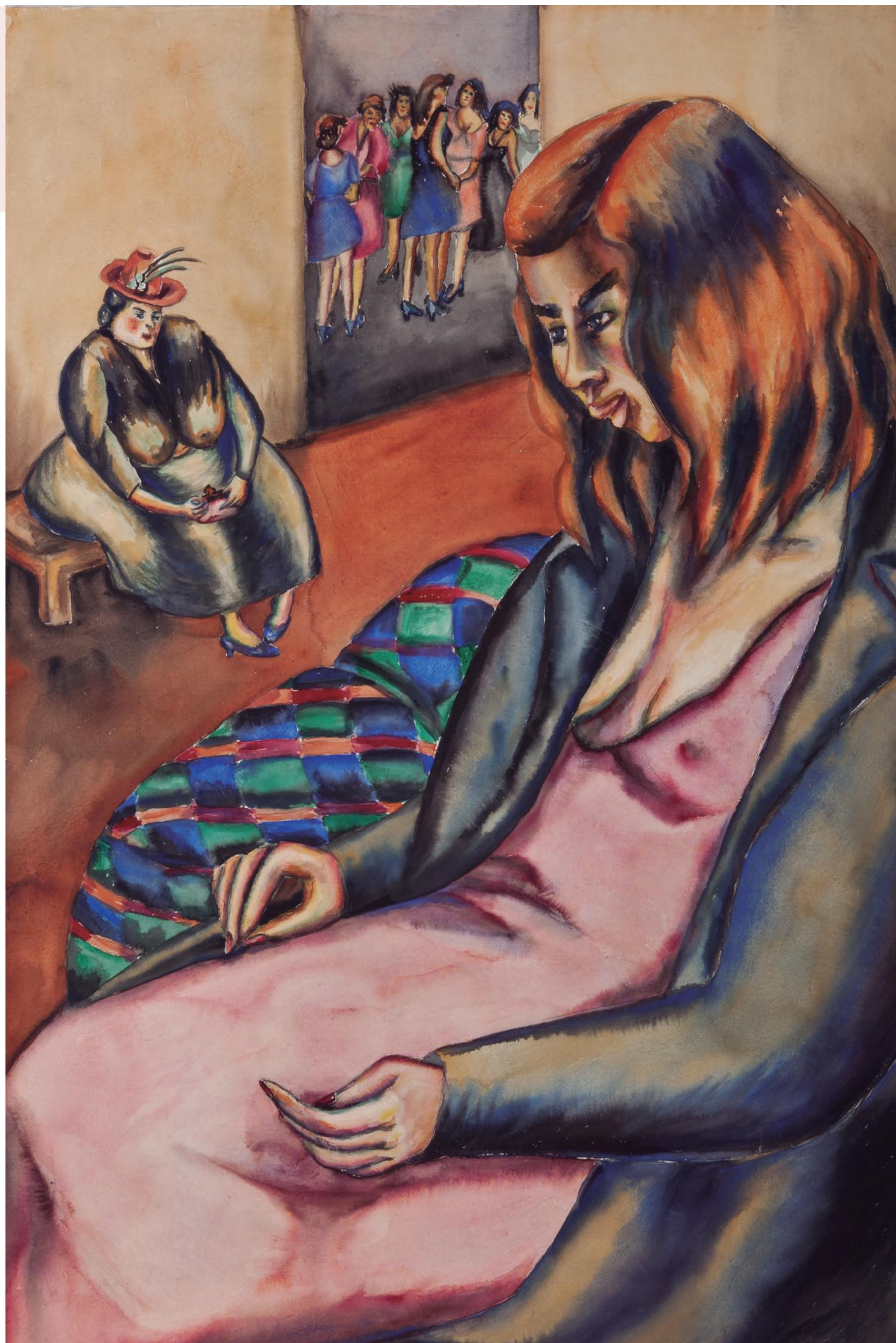
La libertad, esa ilusión que ponemos en los otros porque nos cuesta traerla a nosotros mismos, es una de las preguntas que más pasa por mis noches. Hija única y de herencias de

amores románticos posesivos, me declaro una romántica en constante recuperación. He amado con enfermedad, he dejado de entender que uno más uno siempre serán dos y en esa carrera por la posesión he perdido. **Cada noche, cuando**

paso por la balanza de la vida, siempre intento recordarme, como lo dice Epicteto en su *Manual de vida* que «la felicidad y la libertad comienzan con la clara comprensión de un principio: algunas cosas están bajo nuestro control y otras no» .

Preguntarnos por el nanosegundo anterior que vivimos, por el instante y la casualidad, pareciera ser un acto de necedad. Pero, cuando comprendemos que la casualidad es la disculpa de quienes no entienden las cosas, siempre aparece la pregunta que, aunque incómoda, le da razón a nuestra existencia: *¿qué pude evitar hoy?*

¿Será que si me cuestiono acerca de las situaciones o actos que pude haber evitado en el día, puedo perdonarme y desarrollar compasión hacia mí mismo?



Así como Perla
expresa sus verdades
cada noche en una
especie de diario,
Débora Arango
denunciaba una
realidad dolorosa
a partir del cuerpo
de la mujer.



Así como a Roque la vida lo invitó a descubrir otras posibilidades, las esculturas con libros de Miler Lagos ponen al espectador a reconsiderar las propiedades materiales de un objeto.

Fotografía: Cortesía del artista

¿Soy bueno para lo que me gusta?

Es extraño, tengo una memoria «temporal», olvido casi todo y no soy capaz de pensar en imágenes. Mis recuerdos son sonoros. Esa es mi cotidianidad y por eso me aburro cuando leo novelas, no construyo las famosas postales mentales, de las que otros presumen, con infinidad de detalles.

Más extraño aún es que existan, en contadas excepciones, cosas que recuerdo vívidamente con colores y formas. Se trata de momentos puntuales, unos que puedo explicar y otros que no. Creo que los considero importantes.

De mi vida, cuando me remonto a la niñez veo verde, veo pasto y un balón de fútbol. No sé a qué partido corresponden las imágenes, pero me es más fácil revivir ese momento en la memoria que evocar los rostros de mis padres en aquella época.

Hasta los ocho años viví en Medellín, y jugaba microfútbol con mis compañeros de colegio; era más alto y robusto de lo normal, hacía muchos goles y recibía medallas; no entendía la razón por la que todos teníamos una, pero yo me sentía un ganador.

A los nueve tuve que irme a vivir con mis padres a Sincelejo, en el departamento de Sucre. Mi carrera llena de triunfos siguió, eran canchas de arena, nuevamente la talla me permitió hacer goles, yo, cada vez más, creía que podía pasarme la vida jugando fútbol.

A los 11, nuevamente tuvimos que trasladarnos, esta vez a Puerto Triunfo, un pueblo pequeño, localizado en el Magdalena Medio antioqueño, con temperaturas diarias de 38 y hasta 40 grados a la sombra, ese era el nuevo escenario de mis amados partidos de fútbol. ¿Qué podía salir mal?, me dije alguna vez.

Guayos de color, medias, pantaloneta y camiseta de equipo de fútbol, todo bonito, todo impecable, sin duda el del mejor uniforme, también el más alto, el más blanco, el que tenía cara de gringo. Las apariencias engañan y había expectativa con «el nuevo».

El balón empezó a rodar y lo que siempre para mí había sido el paraíso, solo tardó minutos en convertirse en un infierno, además, del calor que me ahogaba, era el más lento, torpe y desubicado del partido. Era raro,

Reconocer que uno no es bueno para eso que ama produce tristeza, pero tiene como consecuencia la oportunidad de encontrar esa actividad para la que se es naturalmente bueno. Todos tenemos un talento especial. Hay que buscarlo.

Por: Roque Dávila

todos teníamos la misma edad, algunos jugaban descalzos, otros eran menores y más bajitos. Todos eran imposibles de alcanzar, todos con talentos especiales, todos hacían que cada vez que el balón, por error de algún compañero, llegaba a mis pies, desapareciera.

Lo que les relato lo veo en mi mente con la claridad de una pantalla de alta resolución. Movimientos, colores, formas, sonidos y sentimientos que no se van de mi mente. Regresé a casa deprimido.

Se empezó a derrumbar el castillo de arena, la película que yo mismo había construido alrededor de mi promisoria carrera futbolística. Los sueños de portar la camiseta del Atlético Nacional, de salir en televisión y de divertirme, siempre se desvanecían.

Lo intenté varias veces y en otros lugares de Colombia, pero me convertí simplemente en el que invitaban a jugar por ser el dueño del balón y en ese «jugador» al que adoptaban en los equipos porque tocaba, porque era el último para escoger.

*←incorporarse para crecer...
Y abrir el panorama, darse la oportunidad de explorar otras posibilidades.*

Lógicamente empecé a perder el ánimo, a evitar ir a jugar y a hacerme una pregunta que, para mí, a esa edad, fue muy difícil, **¿soy bueno para el fútbol?, ¿tengo talento para eso que tanto me gusta?** Bastaba recordar lo que me gritaban en los partidos y la forma en que me gambeteaban dos y tres veces por diversión. Era triste, pero la respuesta era clara: no.

William, Juan, Humberto, Alan y otros más fueron esos verdugos en la cancha a los que hoy les agradezco por varias cosas; primero por despertarme del sueño, segundo por enseñarme a resistir en la adversidad, porque eso era cada partido, y tercero por darme la oportunidad de cambiar mis prioridades. Entender que no era bueno para lo que me gustaba me permitió encontrar eso para lo que sí tenía talento.

Muy lejos de las canchas de fútbol, en un lugar insospechado para mí estaban las letras, esas que se convierten en sonidos para una mente que no necesita imágenes, esas que, sin saber por qué, puedo unir fácil, con la claridad, velocidad y sentido del que carecía en la cancha. Esas letras que me permitieron convertirme en periodista, amar eso de lo que vivo y vivir de eso que amo.



No hay Cóndores



No hay abundancia



No hay Libertad



No hay Canal

X

**No hay Escudo.
no hay patria**

Bernardo Salcedo en su obra *Desaparición del escudo*, con humor y rigor, eliminó progresivamente los elementos del escudo que simbolizan la identidad y la riqueza de la patria. Una obra que incomoda y plantea difíciles interrogantes. Nosotros queremos proponerte algunas cuestiones: *¿qué tanto me afecta lo que sucede con mi país?* *¿Qué significa ser colombiano?* *¿Cómo ser más consciente?* *¿Cómo cuidar el medio ambiente?* *¿Qué debemos hacer para proteger la libertad?* *¿De qué soy responsable?*